A Manuel Duarte Garcia, su buen amigo

Sinesio

Sinesio Delgado

FALDAS POR MEDIO

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/faldaspormediosa00delg

FALDAS POR MEDIO

SAINETE TRAGICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representado por primera vez en el teatro de Apolo, el día 6 de Abril de 1910.

JUNTA DELEGADA DEL TESORO ARTISTICO
Libros depositados en la Biblioteca Nacional
Procedencia
T. BORRÄS
N.º de la procedencia

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1910

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Fermina	D.ª Joaquina Pino.
Damiana	» Pilar Vidal.
La Montañesa	» Dionisia La Hera.
La Roja	» Elisa Moreu.
Sebastián	D. Carlos Rufart.
Ceferino	» Vicente García Valero.
Esteban	» Miguel Mihura.
Sotero	» Pedro R. de Arana.
Tobías	» José Mesejo.
Manolo	» Luis Manzano.
Posturas	D.ª Araceli Sánchez Imaz.
Un sereno	D. Victoriano Picó.

La acción en Madrid. Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor mirando al público.

722726

ACTO ÚNICO

La escena representa un café económico de los llamados *tupinambas*. Al foro, puerta vidriera con cristales esmerilados. A la izquierda de esta puerta, mostrador en ángulo, colocado de modo que el lado más largo dé frente al público. En el otro, en el perpendicular á la pared del fondo, hay un paso que permite al encargado salir al resto de la escena. En la pared de la izquierda, entre el mostrador y la del fondo, puerta pequeña con una cortina. Sobre el mostrador, junto á la pared de la izquierda, dos grandes cafeteras brillantes con sus correspondientes hornillos. En el ángulo, precisamente, un gramófono con la bocina frente al público. En el resto del mostrador servicios de café, copas, etc. En la pared del fondo, anaquelería con botellas y frascos. A la derecha, dos mesitas de mármol, cuadradas, con sus divanes y sillas correspondientes, y á la izquierda, delante del mostrador y junto á la pared, otra mesita. Es de noche y el cafetín está muy iluminado por lámparas colocadas á gusto del director de escena. Cada vez que se abre la puerta debe verse la calle obscura como boca de lobo.

ESCENA PRIMERA

SEBASTIÁN, detrás del mostrador, limpia y ordena copas, cucharillas y tazas.—TOBÍAS, con un gabancillo destrozado y un sombrero mugriento, duerme apoyado en la segunda mesita de la derecha de espaldas al público.—CEFERINO, en

traje de cochero de punto, toma café, saboreándole con delicia, en la mesita de la izquierda.—EL SERENO impide con el cuerpo que se cierre la puerta de la calle.

Poco antes de levantarse el telón empieza á oirse en el gramófono una marcha brillante tocada por una banda militar. Cuando el telón se alza la marcha sigue hasta que, naturalmente, se acaba el disco El sereno, que es el único que escucha con verdadero deleite, llevando el compás con la mano y con la cabeza, suspende ambas operaciones hacia la mitad de la tocata y asomándose á la calle grita:—¡VA!... Pero no va, sino que continúa entusiasmándose con la música hasta que concluye. Entonces repite en la misma forma y dirección: ¡VAÁ!... Y esta vez sí se marcha. La puerta se cierra tras él.

CEFER. Pero que muy bien, Sebastián. Se hace uno la ilusión de que está en la parada. ¡Has tenido la gran idea!

SEBAST. Hay que ayudar al negocio inventando cosas si uno quié sostener la competencia, Ceferino Ya ves, aquí, á la vuelta de la esquina, han puesto otro *tupi* con tóo lujo. Pues si yo no hubiá traído este chisme se me lleva toa la parroquia en un decir «amén». ¡Miá que es manía, hombre! En cuanto uno pone la industria hache ú be, salen otros cuatro, ú cinco, ú seis, y también ponen la industria hache ú be ¡Lo tengo oservao!

CEFER. Pues el celindro ése, ó lo que sea, ya costará lo suyo, ya.

SEBAST. ¡No me lo digas! Esta marcha que acabas de oir me ha costao catorce reales de segunda mano, porque los discos de charanga son los más económicos; pero este que voy á poner ahora, aquí donde lo ves, me ha subido á tres duros.

CEFER. ¡Anda, Dios! ¿Es de Massini?

SEBAST. (Mientras cambia los discos.) Es más que de Massini. Es un recuerdo de familia, como si dijéramos, y por él hubiá yo dao hasta la camisa que llevo puesta. ¿Tú te acuerdas de Consuelo la planchadora?

CEFER. ¡No me he de acordar, hombre! Fué vecina

mía en la calle de la Arganzuela. Es una buena moza, muy guapa, morenota ella, con un lunar salva la parte que la agracia mucho...

SEBAST. Justamente.

CEFER. Y te diré más, pa que veas que la conozco. Tuvo que ver contigo cuando pusiste la miaja de taberna en la misma calle.

SEBAST. No; eso sí que no. A mí no me gusta gallear como otros bocalanes que se alaban de lo que no han hecho. La verdá es que entre la Consuelo y yo no ha habido nunca nada. ¡Y cuidao que yo me puse pesao de veras! Porque te advierto que pa mí como esa mujer no hay otra en el mundo, pero se emperró en que no, y que no, y que no, y no hubo forma de que se torciera el carro.

CEFER. Es lo que pasa.

SEBAST. ¿Te acuerdas de que hace mes y medio estuve detenido veinticuatro horas en la Comisaría? Pues fué por ella.

CEFER. (Sentándose de pronto.) Espera un poco.

SEBAST. ¿Qué pasa?

CEFER. Voy á ver si ha echao á andar el caballo; que me se figura que he sentido rodar un coche. (Se dirige á la puerta, la abre, echa un vistazo á la calle y vuelve á su sitio.) Está aterido el pobre animal y no se menea. Sigue.

SEBAST. Pues ná, que la Consuelo no me hizo caso, ni poco ni mucho; que de la noche á la mañana se la llenó la cabeza de viento, dijo á los parroquianos que planchara Rita y se puso á cantar y á bailar en un salón de esos, con un mantón de Manila y un sombrero cordobés que la sentaba como á un ángel.

CEFER. No comparas bien.

SEBAST. ¿Que no?

CEFER. No; porque un ángel con sombrero cordobés debe de estar pa que lo zurzan.

SEBAST. Bueno; quiero decir que estaba pa comérsela.

CEFER. ¿Pero tú la has visto trabajar?

SEBAST. ¿Que si la he visto? ¡Pues si me ha hecho

tragar más quina con los bailecitos y las coplas!.. Con que á lo que voy: Una noche, cuando ella había acabao de cantar una barbaridá muy gorda mirando á la gente como si quisiera prenderla fuego, un tío morral que estaba sentao á mi izquierda la gastó una broma de esas que ponen colorao á un guardia. Yo no me pude contener y le dije que aquello que la había dicho á la Consuelo era una burrada, él me contestó que le salía de las narices, y yo, pa que no le volviera á salir, se las tapé de un puñetazo.

CEFER. ¡Menudo escándalo se armaría!

SEBAST. Pués hacerte cargo. Y lo gracioso es que cuando salí bajo fianza y fuí dos noches después á buscar á la Consuelo pa que me agradeciera el haberla defendido... ¡allí había estáo la pájara!

CEFER. ¿Qué me dices?

SEBAST. Pues eso; que había dejao plantaos á su familia, al empresario y al público y se había marchao con uno sin despedirse.

CEFER. Con algún señor de gabán de pieles, de esos que cazan cupletistas, de seguro.

SEBAST. Es lo más probable; pero no dejó ni rastro.

CEFER. ¿Y su padre y su madre tampoco saben nada?

SEBAST. El padre viene por aquí de vez en cuando; pero tú que le conoces, ya te podrás suponer cómo viene.

CEFER. ¡Sí! como una uva.

SEBAST. Cuasi como un racimo. De modo que no hay dios que le saque una palabra del cuerpo.

CEFER. ¡Pues sí que ha estao buena la cosa! Pero y lo del celindro ¿qué?

SEBAST. A eso voy. Que yo sabía que la chica, desde que empezó á llamar la atención, se sacaba un sobresueldo muy regular cantando pa estos discos y que los suyos se vendían tanto ú más que los del Mochuelo. Y excuso decirte que ya no viví ni sosegué hasta comprar uno, que es éste, y que en cuanto le pongo

en el aparato me paece que con quien se ha marchao la Consuelo ha sido conmigo.

CEFER. Pues ya me has metío en curiosidá. Dale al manubrio á ver.

SEBAST. Te advierto que lo que canta es canela fina, pero me da no sé qué ponerlo pa tí solo porque con aquel ceporro (por Tobías) no se cuenta

CEFER. ¡Pué que creas que va á venir más gente á estas horas con la noche que hace!

SEBAST. Pues á lo mejor á la salida de los teatros se me llena el *tupi*.

CEFER. ¡Vamos, hombre! ¿A que resulta que aquí se vienen los del Real á tomar un quince de moka?

SEBAST. Del Real, no, pero del Noviciao y de la Flor sí que viene bastante gente. Y de la de preferencia, no vayas á creer. (Se abre la puerta y entra Fermina. Es una vendedora de periódicos desastrada y sucia. No se sabe si es joven ó vieja positivamente).

ESCENA II

DICHOS, FERMINA

FERM. Buenas noches.

CEFER. Pues sí que tenías tú razón. Ya empiezan á venir del Real.

FERM. ¡Miá qué gracioso es el mendrugo ése! Pues si lo dices por chunga te has cogío los dedos contra una puerta, porque del Real vengo, ¿sabes? (A Sebastián que la sirve en el acto.) Una de Cazalla; pero fuertecito ¿eh? que vengo arrecía.

CEFER. Paece mentira, ¡con la calefación que hay en los palcos!

FERM. Pues ahí tienes tú. Pero como me ha faltao el carruaje que tenía avisao pa la salida, porque cuasi toos los cocheros son unos sinvergüenzas...

CEFER. ¡A ver si te descalabro con la taza!

FERM. He dicho cuasi todos. No te metas tú en el cuasi y arreglaos. ¿Gustas?

CEFER. Que aproveche. (Fermina se bebe la copa de un sorbo.)

FERM. No está mal esto; entona, entona.

SEBAST. ¿Quiés un poco de agua?

FERM. ¿Pa qué? ¿Pa que se me eche á perder el Cazalla en el estómag ? ¡Vamos, hombre! Lo que sí voy á querer dentro de un rato es otra copa, porque con una sola no se me quita la frialdá que he pillao por dentro. ¡Vaya un gris que soplaba esta noche en la plaza de Oriente!

SEBAST ¿Oyes, Ceferino? ¡que sí que ha estao en el Real!

FERM. Pero ¿qué se habían ustés figurao? ¿que era mentira? ¡En seguidita iba yo á perder el abono aunque cayeran capuchinos de bronce!

CEFER. ¡Tampoco eres tú pesá pa las bromas!

FERM. Pero si no es broma, señor. ¡Si es que tengo comprometidos á la salida de la ópera cinco *Heraldos* y cuatro *Corres*! Lo que hay es que, después de darme la caminata, me he encontrao con que no había función, porque resulta que hoy es Nochebuena.

CEFER. ¡Anda, Dios! pero ¿no lo sabías?

FERM. Dispensa, hijo; pero como en el quicio de la puerta donde yo duermo no se celebra... ¡se me había pasao!

CEFER. Ahora has estao buena.

FERM ¿De veras te ha gustao la caída? Pues anda y págame la segunda copa.

CEFER. Pero ná más que la segunda, ¿eh?

FERM. Ná más. Hoy está la venta que dan ganas de traspasar el establecimiento. ¡Miá lo que me queda! (Enseñando unos cuantos ejemplares de periódicos). Dicen que no es noche de dormir, y lo que paece es que tóo el mundo se ha acostao más temprano.

SEBAST. ¿De lo mismo?

FERM. Claro que de lo mismo. Y ésta la voy á to-

mar en el velador, con permiso, porque tengo los pies que no sé si son míos ó de éste.
(Coge la copa que ha servido Sebastián y se sienta junto á la mesita de la izquierda frente á Ceferino. Esta segunda la bebe á sorbitos y saboreandola. Entra Esteban. Viste traje decente de obrero, con blusa de mecánico bajo la americana.)

ESCENA III

DICHOS, ESTEBAN

EST. Buenas noches.

SEBAST. ¿Qué va á ser?

EST. Ahora nada. No vengo más que á hacer una pregunta y me marcho.

SEBAST. Usted dira.

EST. ¿No ha venido por aquí un matrimonio ya de edá, ella con un lunar en semejante sitio y él con las narices un poco coloradas?

SEBAST. No, señor; hasta ahora no ha venido ningún matrimonio de esas señas.

EST. Pues me choca, porque me habían citao en este *tupi* á las doce en punto, y yo vengo retrasao casi un cuarto de hora.

SEBAST. Puede usté esperarlos sin tomar nada, si quiere.

EST. No; muchas gracias, volveré luego. Tengo que despachar un asunto en la fábrica y no puedo detenerme. Justamente venia á decirles que me aguardaran.

SEBAST. Yo se lo diré de su parte.

EST. Sí, hágame usté el favor.. ¡Ah! para que esté usté más seguro, ella se llama Damiana y él Sotero.

FEMR. (Aparte á Ceferino.) No; que iba á ser al revés. ¡También el hombre es vivo!

SEBAST. ¿Sotero y Damiana? ¿Los que tuvieron una verdulería en la plaza del Rastro?

EST. Justo. ¿Los conoce usté?

SEBAST. ¡Anda con Dios! De sobra. ¿Oyes, Ceferino?

Aquí el amigo viene á buscar á los padres de la Consuelo... ¡qué casualidá! ¿eh?

CEFER. ¡Ya, ya!

EST. Cabal. Los padres de la Consuelo son. ¿La conoce usté á ella también?

SEBAST. Algo. Hemos sido vecinos. Y ése tambien la conoce un poco; ¿verdá, Ceferino?

CEFER. Sí; un poco.

EST. (Con mal humor.) Ya; ya sé que la conoce mucha gente.

SEBAST. Si quié usté que yo les diga algo de parte de la chica...

EST. No, nada; en seguida doy yo la vuelta. Nada más que esperen. Hasta luego.

SEBAST. Vaya usté con Dios. (Vase Esteban.)

ESCENA IV

SEBASTIAN, CEFERINO, FERMINA, TOBÍAS

CEFER. (A Sebastián.) No me digas nada, porque ya sé lo que estás pensando.

SEBAST. Y yo sé lo que piensas tú tambien, que tié que ser lo mismo. Que ese joven que se acaba de ir es otra alma en pena como yo, que anda buscando á la Consuelo y quié sonsacar á los padres.

CEFER. ¡Ni que nos lo hubiéramos dicho al oído! Lo cual que se conoce que la señora no te ha despreciao á ti solo.

SEBAST. Ahora vamos á salir de dudas, porque con escucharles la conversación...

CEFER. Natural.

FERM. (Dando el último sorbo y levantándose). Vaya, está visto que ustés tién que hablar. (A Ceferino.) ¿Pagas la tercera si te digo otra gracia?

CEFER. No; porque luego no vas á dar con la puerta.

FERM. ¿Por tres de cazalla? ¡Ay, hijo! Tiés una idea muy pobre de Fermina Rebollo. Ahí va la mía (Dejando sobre el mostrador una moneda.), y como suelte otro par de hojas, que me pa-

rece que no las suelto, vengo y repito. (Al marcharse se fija en Tobías.) ¡Hombre! este parroquiano pué que no haya leído ningún periódico esta noche.

SEBAST. Pues mira, me harías un favor con despertarle pa que se fuera.

FERM. (Zarandeando á Tobías.) ¡Eh buen amigo! Que esta noche es Nochebuena y no es noche de dormir!

TOB. (Desperezándose.) ¿Qué pasa? ¿Qué hay?

FERM. *Heraldo*, *Corres*, *Mundo*, *España Nueva*, con el crimen de la plaza de la Cebada.

TOB. ¡Déjeme usted en paz!

FERM. Que vienen buenos.

TOB. Yo también vengo bueno y no me compra nadie. Con que, hemos concluído. (Vuelve á tomar la posición anterior y á quedarse como un leño.)

FERM. Pues sí que está falto de sueño el hombre.

SEBAST. Toas las noches le pasa lo mismo. Víene, toma una copa de anís y se queda como un tronco hasta que tengo que echarle pa cerrar el establecimiento.

CEFER. Pues no te hará buen avío.

SEBAST. ¡Qué me ha de hacer! Estos pelmas siempre quitan gente.

FERM. Pues póngale usté al fresco en cuanto se tome el anís.

SEBAST. Me da no sé qué. Es uno de esos que andan por ahí diciendo que son padres de familia sin trabajo, con cinco hijos pequeños y la mujer enferma.

FERM. Ya, sí; miserias que hay. Pués yo que usté le mandaba á estorbar á otra parte, porque el negocio de uno es el negocio.

SEBAST. ¡Qué me tiés que decir!

CEFER. Miá tú si pudieras encajársele al caté de la esquina, que te está haciendo la guerra á tóo trapo!

FERM. ¡Anda! pues eso es muy fácil. ¿Usté quié sacrificar qnince céntimos por tener el velador libre toa la noche?

SEBAST. ¡Ya lo creo! De buena gana.

FERM. Vengan las tres perrillas.

SEBAST. ¿Qué vas á hacer?

FERM. Ahora lo verá usté, hombre.

SEBAST. (Sacando del cajón los quince céntimos.) Ahí van.

FERM. (Sacudiendo otra vez á Tobías.) ¡Eh, buen amigo!

TOB. ¿Otra vez? ¡Que ya he dicho que no quiero periódicos!

FERM. Despabílese usté, que no es eso.

TOB. Pues ¿qué es?

FERM. ¿A usté le sentaría ahora una taza de café con leche bien calentito?

TOB. ¿Que si me sentaría? ¡Como que es lo que me estaba haciendo falta para pillar el sueño á gusto!

FERM. Pues se la va usté á tomar, porque yo le convido.

TOB. ¿Eh? ¿A santo de qué?

FERM. A santo de que me ha ido bien en la venta de hoy y quiero que celebre usté la Nochebuena.

TOB. ¿De verdad? Pues que la traigan en seguida.

FERM. (Reservadamente.) ¡Chist! pero es con una condición.

TOB. ¿Cuál?

FERM. Que se lo ha de tomar usté ahí, en el *tupi* que hay á la vuelta. (Más reservadamente). El amo me ha encargado que le busque parroquia... ¿Hace?

TOB. ¿No ha de hacer? ¡Y aunque fuera en el quinto infierno!

FERM. Pues ahí van los quince, y ya está usté picando.

TOB. (Levantándose.) ¡Gracias, periodista generosa! Dios la pague el bien que hace á un padre de familia con siete niños pequeños y la mujer enferma.

FERM. (¡Arrea! Ya ha añadido dos chicos.) Bueno, bueno, la letanía está demás. Y usté también.

TOB. ¡Café con leche! ¡Justamente estaba yo soñando con el café con leche! (Váse más contento que unas pascuas. Fermina vuelve hacia el mostrador.)

ESCENA V

SEBASTIAN, CEFERINO, FERMINA

FERM. Me se figura que no he estao mal ahora tampoco.

SEBAST. Si que ha dao resultao la idea.

FERM. ¿Y qué? ¿va usté á ser tan desagradecido que que no me pague el favor?

SEBAST. ¿Cómo?

FERM. Regalándome la tercera copa, ya que no me quié convidar el modrego ése.

SEBAST. Toma, mujer, y anda con Dios, que está visto que no nos vas á dejar en paz hasta que no te la bebas (La sirve otra copa efectivamente.)

CEFER. Sí que eres tú una proporción pa cualquier cristiano.

FERM. ¿Qué quieres, hijo? ¡peores las hay! Gracias. (Se la bebe de un sorbo.) ¡Camará! ya se ve que ésta es de regalo. ¡Me se ha llevao la garganta! Hasta otro día y que ustés pasen la Nochebuena como es debido... (Carraspeando.) ¡Me cachis con el aguardiente de propina! (Yéndose.) Si no fuera porque el agua me hace mucho daño... (Váse y sigue oyéndosela en la calle.)
¡Heraldo! ¡Correspondencia! ¡Mundo!

CEFER. ¡Gracias á Dios! También la mujer se iba poniendo posma.

SEBAST. Y ¿qué le vas á hacer, Ceferino? Hay que aguantar de todo.

CEFER. Bueno; dale cuerda al instrumento, que se hace tarde y no voy á poder dormir si no oigo á la Consuelo.

SEBAST. (Dando cuerda al gramófono.) Te vas á quedar asombrao. ¡Es ella enteramente!

CEFER. También tié gracia. Tú aquí encantao escuchando la copla, y ella...

SEBAST. Ella... ¡sabe Dios dónde estará ahora!

CEFER. Pues con el señor de gabán del pieles, como si la estuviera viendo.

SEBAST. No me lo recuerdes, que me quemo la sangre.

CEFER. ¿Se oirá bien desde aquí?

SEBAST. No; ponte allí, frente á la bocina y un poco lejos. Es como se hace uno la ilusión.

CEFER. ¿Así?

SEBAST. Eso es. Allá va. (Cuando se dispone á poner en movimiento el disco se abre bruscamente la puerta de entrada y aparece en ella Sotero, borracho como una cuba y cantando desentonadamente. Detrás viene Damiana. Al verlos, Sebastián suspende la operación y Ceferino hace un gesto de disgusto.)

ESCENA VI

DICHOS, SOTERO, DAMIANA

SOT. (Cantando.) Tengo dos lunares,
tengo dos lunares,
el uno junto á la boca
y el otro...
Pasa, Damiana.

DAM. Amos, anda; entra de una vez y no hagas el ganso.

SEBAST. ¡Miá que casualidá, hombre! Aquí está su familia.

CEFER. Sí que es mala pata.

DAM. ¿Quiés entrar ú no?

SOT. Tú no me conoces, Damiana. Las señoras primero.

DAM. ¡Ay, que moler! ¡Y qué paciencia necesita una! (Entra.) Buenas noches, señor Sebastián y la compañía.

SOT. (Cantando.) Y el otro donde tú sabes. (Entra también.)

CEF. y SEB. Muy buenas. (Sotero se acerca tambaleándose al mostrador y saluda fina y pesadamente á Sebastián dandole la mano. Entretanto Damiana se dirige al cochero.)

DAM. Oiga usté, Ceferino; ¿usté se molestará si le hago una pregunta?

CEF. Las que usté quiera. ¡No faltaba más!

DAM. Bueno, pues... usté ha venido con el coche, ¿verdá?

CEF. Sí; le he dejao á la puerta y he entrao un rato pa calentarme un poco. El caballo es de confianza.

DAM. Entonces no hay más que hablar.

CEF. ¿Qué pasa?

DAM. Que el de usté es uno que nos hemos encontrao en la otra calle con el pescante vacío. Se conoce que, como el jaco es de confianza, se ha cansao de esperar y va pa el pesebre.

CEF.. ¡Maldita siá! ¡Por empeñarme en oir el disco! Ya pagaré mañana. (Sale de estampía.)

SOT. (Sin soltar la mano de Sebastián.)

Amigo soy de Baltasar,
amigo soy de Rafael...

DAM. (Separándole del mostrador violentamente.) Amos, tú; déjate de músicas y ven á sentarte.

SOT. ¡Eh, eh! ¿qué va á ser esto? Se dicen las cosas sin ponerle á uno la mano encima.

DAM. Si tú no vinieras como vienes, ladrón, sinvergüenza .. (Le coge de un brazo y le conduce, quieras ó no, hacia el velador de la izquierda. Durante el viaje Sotero sigue cantando.)

SOT. Que nos juramos culto fiel
ante el tricornio de un civil
la noche tal. .

DAM. (Haciéndole sentar á la fuerza en el sitio que indica.) ¡Ahí! junto á la paré, pa que tengas donde apoyarte.

SOT. Paé que creas que yo necesito la paré pa nada. Pues á mí la paré ¡plin! pa que lo sepas. (Sebastián sale del mostrador y recoge el servicio de Ceferino.)

DAM. ¿Le parece á usté bien, señor Sebastián, de la forma que viene este hombre?

SEBAST. Yo. . ¿que quié usté que la diga, señora Damiana? ¡Como nunca le he visto de otra forma!. Bueno, y ¿qué van ustés a tomar?

SOT. ¿Yo? Moño.

DAM. En seguidita; ¡no estás tú mal mono! Trái gale usté á éste café puro, y bien cargao si pué ser, pa ver si se despeja. El mono pa mí.

SOT. Ahora has estao graciosa, ¿ves tú?

SEBAST. (Mientras va y viene haciendo el servicio.) Ya sabía yo que iban ustés á venir.

DAM. ¿Sí? Pues ya es penetración, porque yo, por mi parte, no tengo costumbre.

SEBAST. Pero es que ha estao aquí uno que venía á buscarles.

DAM. ¿Y se ha marchao? (Zarandeando á Sotero.) ¿Ves piazo de zoquete, lo que yo te decía? ¡Ya se ha marchao!

SOT. Damiana, no molestes.

SEBAST. Pero ha dicho que le esperen ustés, que volverá en seguida. Dice que le habian ustés citao pa las doce en punto.

DAM. Y á las doce hemos debido llegar. Hemos salido de casa á las nueve, porque yo conozco á éste y sé que hay que tomar los viajes con tiempo si hay muchas tabernas en el camino. Pero ya ve usté cómo no me ha servido de nada la precaución, porque en cuanto huele un mostrador con vino se clava. ¡Más de tres reales me ha hecho gastar en las paraditas!

SOT. Tres reales yo y tres reales ella, ¡que coste!

DAM. Pues ¿qué querias, animal? ¿Que te estuviera viendo beber cruzá de brazos?

SOT. (Cantando.) Tengo una cana,
tengo una cana,
tengo una canariera,
que si me la pongo á este lao.....

DAM. ¡Amos, cállate ya que no estamos pa coplas! ¿U es que también vas á salir por peteneras cuando venga ese hombre?

SOT. (Cantando.) Estoy como si me hubieran pintao.

SEBAST. (Colocando sobre la mesa el café y la copa.) Y que se conoce que tié mucho interés en verlos á ustedes, porque, vamos, eso se ve en la cara.

DAM. ¡Quiá, hombre! A él ¿qué le importa? Los que le hemos buscao hemos sido nosotros; es

decir, yo, que soy la que mira por la familia, porque éste...ya lo está usté viendo.

SEBAST. Pa que se vea lo que son las cosas. Y á mí que se me había figurao que el hombre estaba enamorao de la Consuelo.

DAM. Pué que lo esté; no sería él solo...¡y ya sabe usté por qué lo digo!

SEBAST. Ya, sí. Y como no se sabe dónde ha ido á parar la chica...

DAM. No se canse usté, señor Sebastian, que ya nos conocemos. Usté lo que quiere es averiguar algo y por eso anda usté tirándome de la lengua. Pero el que quiera saber que vaya á Salamanca, ¿estamos? (A Sotero, que sigue jaleándose á sí propio y batiendo palmas en secreto. Vamos, tù, ¿tomas el café ú qué haces?

SOT. ¿Café solo? ¡Quiá! Sin gotas no me aprovecha.

DAM. ¡Echeselas usté de amoniaco! (Abre la puerta Esteban.)

SEBAST. Ahí está ése.

DAM. Vamos, hombre, ¡gracias á Dios! (A Sotero ¡A ver tú cómo te portas!

ESCENA VII

DICHOS, ESTEBAN.

EST. Muy buenas.

DAM. ¡Hola, hombre!

SOT. ¡Olé!

EST. Ya les habrá dicho á ustés aquí el encargao...

DAM. Sí que nos lo ha dicho, y dispensa. Nos hemos retrasao un poquillo porque éste ha tenido unos negocios.

EST. Ya; ya me hago cargo. Con que... ustedes dirán.

DAM. Pero siéntate, hombre; que no es cosa pa tratada así, de refilón. Digo, si no tiés prisa.

EST. No; ahora no.

DAM. Pues toma algo, si quieres.

EST. (A Sebastián.) Una de coñac. (Se sienta frente á Sotero y Damiana.)

SOT Dos.

DAM. ¡Una!

SOT. Bueno; una. Y el señor se tomará este café, que está muy rico.
(Cantando.) El café que le gusta á los hombres ¿cuál es?

DAM. Amos, cállate ya. (A Esteban.) Pues... te hemos llamao aquí porque comprenderás que estando allí la Consuelo, no hemos querido ir á dar un escándalo.

SEBAST. (Al servir la copa á Esteban y sin poderse contener.) ¿Cómo?

DAM. Nada; con usté no va nada.

SEBAST. Se me había figurao (Volviendo detrás del mostrador.)
(¡Ah, ladrón! ¡Se la había llevao èste!)

EST. ¿Escándalo? ¿Por qué? Ustés puén ir por allí cuando se les antoje con tal de que no sonsaquen á la chica pa que vuelva á las andadas, porque entonces si que tendríamos un disgusto.

SOT. ¡No! Disgustos no. ¡No queremos disgustos! ¿Verdá Damiana?

DAM. O sí; ¿tú qué sabes?

SOT. Bueno; pues ya me despertarán ustés cuando amanezca. Y el cafetito sin gotas que se lo tome la Cibeles. (Sigue canturreadno con voz baja hasta quedarse dormido.)

DAM. Cabalmente de eso teníamos que hablar.

EST. Pues lo siento mucho pero ya hemos acabao. (Intentando levantarse.) Ya vé usté qué pronto.

DAM. (Conteniéndole.) Vamos hombre, no te amontones y ten formalidá.

EST. Porque tengo formalidá es por lo que no quiero que la Consuelo vuelva al tablao, por lo menos mientras me diga que me quiere.

DAM. Pero si te pué querer hasta morirse si la dá la gana. Ya comprenderás que después de haberme enamorao yo de este ceporro aquí presente no soy quien pa quitarle á nadie la voluntá en cuestiones de ceguera; pero ¿eso

que tié que ver pa que ella se pueda ganar uno ú dos ú medio?

EST. Lo gano yo pa ella.

DAM. Y me paece muy bien. Pero si tú lo ganas pa ella, y ella lo gana pa ti y pa nosotros... pues ¡con azúcar! como el otro que dice.

EST. Ahí la duele á usté señá Damiana; que con tal de tener usté un duro pa sus cosas y el señor Sotero otro duro pa las suyas, que á la vista está cuáles son, se la importa á usté tres cominos que á la muchacha la saquen tiras de pellejo.

DAM. ¿Quién?

EST. ¡Vaya una pregunta! ¡Tóo el mundo! ¿O es que se ha creído usté que meterse en ese oficio pa cantarse y bailarse lo que se tercie, es como meterse en un convento?

DAM. ¡Miá qué salida! Como si en tóos los oficios no pudiera una mujer buscarse el pan honradamente.

EST. En ese no, señora. Y sobre tóo que, pa el caso, con que yo no lo crea basta.

DAM. ¡Pues sí que nos ha caído la lotería contigo!

EST. Natural, señor. Cuando la Consuelo estaba en el obrador de plancha matándose á trabajar pa que el señor Sotero se pasara las tardes jugando al tute, ¿dije yo algo? Pero en cuanto se vistió de máscara y se puso á cantar indecencias y á menear el talle más de lo debido pa que graznaran cuatro niños góticos, ya no me pude contener y eché por la calle de en medio. Vale Dios que ella me tiene un poco de ley y me hizo más caso que á ustedes, que sí no... ¡á saber dónde estariamos tóos á estas horas!

DAM. Tan ricamente, de seguro.

EST. ¡Que no quiero faltarla á usté, señá Damiana! Con que no me haga usté hablar, no sea que la falte.

DAM. Vas por mal camino.

EST. Por el que usté lleva.

DAM. No es ése. Quiero decir que con lo que la daban en el salón y lo que se ganaba fuera

parte cantando pa las maquinillas esas, pues á los dos años... ¡coche!

EST. No me hable usté de esas maquinillas, porque es lo que me está pudriendo la sangre, señá Damiana.

DAM. ¿También eso?

EST. También. Porque es mucho cuento que la Consuelo se haya callao porque yo se lo he dicho, y tóo el mundo pueda seguir oyéndola cantar barbaridades. La digo á usté que si yo supiera dónde han ido á parar tóos los discos los iba haciendo cachos uno por uno.

DAM. Trabajo te mando.

EST. (Levantándose.) Bueno; pues si no quería usté nada más ya lo sabe usté tóo. (A Sebastián.) ¿Qué se debe aquí?

SEBAST. Cincuenta y cinco. (Paga Esteban.)

DAM. ¿Con que te emperras en que ha de ser tu voluntá?

EST. Como si fuera la del rey.

DAM. Pues que coste que hemos venido por la buena.

EST. El señor Sotero ni por la buena ni por la mala. Ha venido á dormirla.

DAM. No tengas cuidao, que despertará si llega el caso y hará lo que sea menester.

EST. Por mí, mañana es tarde.

DAM. Es que te advierto que lo vamos á poner por justicia, porque ya comprenderás que la Consuelo se ha escapao de la casa paterna.

EST. Es mayor de edá, y puede hacer lo que la dé la gana.

DAM. Naturalmente. Menos llevarse cosas que no son suyas.

EST. ¿Por qué lo dice usté?

DAM. Por un mantón de felpa que he echao de menos, y que me vendría mu bien pa estos fríos.

EST. ¡Ya! pa bebérselo en seguida, ¿verdá? Pues lo vá usté á poder empeñar mañana si quiere, porque se lo voy á traer ahora mismo. ¡No quió ná de ustedes!

DAM. Pero oye, tú; aguarda. (Medio mutis.)

EST. (A Sebastián.) Ya lo oye usté, amigo. Aquí la señora me reclama un mantón de su propiedá y yo la digo que espere, que se lo voy á devolver en seguida. Pa que coste.

SEBAST. Enterao.

EST. (A Damiana.) Y digaselo usté á su marido cuando se despabile. Que si vienen ustedes por las malas pa usté el mantón y pa el señor Sotero la felpa. Con que hasta luego. (Váse.)

ESCENA VIII

DAMIANA, SOTERO, SEBASTIÁN, luego TOBÍAS

DAM. (Sentándose.) ¿Pero ha oído usté, señor Sebastián, al sinvergüenza ése?

SEBAST. Sí, señora Damiana; le he oído eso y tóo lo demás; de modo que lo que usté quería tener reservao lo puedo yo poner mañana en *La Correspondencia.*

DAM. Por mí ya lo pué usté pegar en las anunciadoras.

SEBAST. Pero... ¡oiga usté!, que pué que haya sido para bien que yo me haya enterao.

DAM. ¿Por qué?

SEBAST. Porque... usté sabe que estoy enamorao de la Consuelo, ¿verdá?

DAM. ¡Ni que fuá tonta!

SEBAST. Pues un hombre como yo, cuando se enamora como yo, es capaz de todo, señora Damiana. Y ya verá usté lo que yo hago.

DAM. Hablar; porque ustés no hacen más que hablar. (A Sotero.) ¡Vamos, tú, tarugo, que ya pués sacudir la modorra, que aquí no hay na que hacer.

SOTERO. (Desperezándose.) ¿Eh? ¿Quién me llama? ¡Hola! Buenos días. ¿Lo habéis arreglao todo?

DAM. Sí; todo. El que lo va á tener que arreglar á

linternazos eres tú, cuando te puedas tener derecho.

SOTERO. ¡Qué! ¿Te ha faltao alguien? ¿Quién te ha faltao? ¡Maldita siá, hombre!.. (Procurando incorporarse sin conseguirlo.)

DAM. Vamos, levántate si pué ser, que ya estamos picando.

SEBAST. ¿Pero no espera usté el mantón?

DAM. Si viene, que no vendrá, ya me hará usté el favor de recogerlo. Yo no quiero ver á ése otra vez, porque vamos tóos á la cárcel.

SOTERO. ¡Eso! Tóos á la cárcel.
(Cantando.) Siempre pa atrás,
tú lo verás,
de mar y de río..

DAM. ¡Miá con lo que me sale ahora! Levántate y calla. (En este momento entra Tobías, se sienta junto á la misma mesa que ocupaba en la escena primera y da dos palmadas. Sebastián, que atiende á la brega del matrimonio, dice sin volver la cabeza:)

SEBAST. Voy en seguida. (Pero cuando la vuelve y se encuentra con el parroquiano no puede contener su asombro.) ¡Cómo! ¿Pero es usté?

TOBÍAS. Sí, señor; tráigame usté una copa de Jerez y unas pastas.

SEBAST. ¿Pero qué está usté dieiendo?

TOBÍAS Me parece que no hablo en latín. Que me traiga usté una copa de Jerez y unas pastas. ¿No hay aquí eso?

SEBAST. Pa usté como si no lo hubiera.

TOBÍAS. ¿Por qué?

SEBAS. (Saliendo del mostrador y acercándose á él.) ¿No le han dao á usté quince céntimos pa que se fuera á tomar café ahí al lao?

TOBÍAS. Sí, señor; y ya lo tomé y estaba muy rico.

SEBAST. ¿Y por qué no se ha dormido usté allí como hace usté aquí todas las noches?

TOBÍAS. Porque en cuanto empecé á dar cabezadas, el encargao del mostrador me dió dos reales pa que viniera aquí á tomar lo que me pidiera el cuerpo y á oir el gramófono.

SEBAST. ¿Sí? ¡Pues ha tenido gracia el hombre!

TOB. La misma que usté, sólo que de dos reales.

SEBAST. Pues á mí no me da la gana servirle á usté, ni eso ni nada.

TOB. ¿Cómo que no? Este es un establecimiento público y estoy en mi derecho.

SEBAST. El que está en su derecho soy yo pa ponerle á usté en la calle.

TOB. Eso lo veremos.

SEBAST. ¿Pués no lo hemos de ver? ¡Y ahora mismo!

SOT. (Levantándose por fin.) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Hay bronca?

DAM. Sí; pero á ti te tiene sin cuidao.

TOB. ¡Que no me da la gana salir! ¡Esto es un atropello!

SOT. (Llegando hasta Sebastián y conteniéndole.) Tié razon el señor... ¡Olé! Esto es un atropello y la parroquia es la parroquia.

SEBAST. (Rechazándole violentamente.) Señor Sotero, no se meta usté donde no le llaman.

DAM. ¿Te quiés estar quieto?

SOT. ¡No me da la gana! Los hombres tién que ayudar á los hombres. (Volviendo á agarrarse á Sebastián.) Ya le está usté dejando que tome lo que quiera.

SEBAST. ¡Ea! se acabó. Ya se me están hinchando á mí las narices. ¡Afuera todos! (Empujándoles hacia la puerta.)

TOB. ¡Llamaré á los guardias!

SEBAST. Llame usté al moro Muza.

SOT. Eso; ¡que vengan los guardias! ¡Que me los como!

SEBAST. ¡Arza! ¡Arza pa la calle!

DAM ¡Sotero!

SOT. Damiana, no molestes.

TOB. ¡Esto no se hace con un padre de familia!

SOT. ¡Burgués! ¡Mamarracho!

SEBAST. ¡Hala, hala! (Los echa por fin á la calle, cierra la puerta y se queda detrás empujando para que no vuelvan.) ¡Está bueno, hombre! Miste por dónde ha salido el curda del señor Sotero á última hora. Y que me pilla de un humor... ¡Como que entre unos y otros me están dando á mí la Nochebuena! ¡No empujar, que no me da la gana abrir!

ROJA. (Dentro.) Déjalo ya, Manolo, que no abren.

MAN. (Dentro.) ¿Cómo que no? Pero, ¿qué va á ser esto?

SEBAST. ¡Anda, Dios! Resulta que no son ellos los que empujan. Pasen, pasen ustedes. (Abre la puerta y entran, sucesivamente, Manolo, la Montañesa y la Roja. El es un estudiante de primer año en Derecho. Ellas son... cualquier cosa.)

ESCENA IX

SEBASTIÁN, MANOLO, LA MONTAÑESA, LA ROJA

MAN. Pues, ¿sabe usté que si nos hubiera venido persiguiendo un toro?...

SEBAST. Ustés dispensen, pero es que unos borrachos...

ROJA. Ya; ya los hemos visto. Ahí se quedan enzarzaos unos con otros.

MAN. Bueno, á sentarse, niñas. (A Sebastián.) ¡Qué suerte tengo! ¿Eh? ¡Vaya un par de mozas! (Los tres se sientan junto á la primera mesa de la derecha.)

SEBAST. Ya; ya las conozco.

MONT. Sí; somos parroquianas.

SEBAST. Y ¿qué va á ser?

MONT. Café.

ROJA. Café.

SEBAST ¿Con ó sin?

MONT. Con.

ROJA. Sin.

SEBAST. ¿Y usté, caballero?

MAN. Una copa de lo que usté quiera.

SEBAST. ¿Coñac?

MAN. Vaya por el coñac. Puede que me haga daño porque no tengo costumbre. Pero se han empeñado éstas en que las convide...

MONT. Naturalmente, señor. Figúrese usté que se marchaba á dormir en una noche como ésta.

MAN. Y ¿qué iba á hacer? ¿Tocar el tambor por las calles como la gente ordinaria?

MONT. Tanto como eso, no; pero pagar el café á unas amigas como nosotras.

MAN. No; si yo tengo mucho gusto; pero si luego me riñen en casa os echaré la culpa.

ROJA. Bien hecho. Aunque te van á reñir más si lo dices. (Sebastián sirve los cafés y la copa.)

MAN. Y, á todo esto, ¿cómo os llamáis, para tener yo este recuerdo?

MONT. ¿Yo? Lucía. Pero no me conoce nadie más que por la Montañesa.

MAN. Porque serás de la montaña.

MONT. Pué que lo sea. ¡Vaya usté á saber!

MAN. ¿Y tú? ¿cuál es tu gracia?

ROJA. ¿Mi gracia? Manuela.

MAN. ¡Ay! somos tocayos.

ROJA. Por lo visto. Pero la Roja es como me llaman todos.

MAN. ¡Je, je! los tres tenemos motes. A mí también me llaman en la Universidad el niño Cardona.

ROJA. Y eso ¿por qué?

MAN. Porque se conoce que creen que soy muy listo.

MONT. Lo que se conoce es que el encargao no está esta noche pa distinguir de clases.

SEBAST. ¿Qué? ¿Es malo el café?

MONT. El café es agua de castañas, como tóos los días; pero á mí siempre que he entrao aquí me han tocao la música.

MAN. ¡Cómo! pero ¿hay también música?

ROJA. Hijo del alma, ¿no ves el instrumento?

MAN. ¡Ah, sí! un gramófono. En casa lo tenemos también, y con un disco de Caruso que es una maravilla. ¿Usté no tiene Caruso?

SEBAST. Yo, de hombres, no tengo más que el Mochuelo.

MONT. Sí, sí; ponga usté el Mochuelo.

ROJA. Hija; toas las noches dices lo mismo.

MAN. Es que el Mochuelo es lo más á propósito para las noches ¡je, jé!

MONT. ¡Qué gracia de niño! Ahora comprendo que en la Universidad te llamen el Cardona.

ROJA. (A Sebastián.) ¿No tiene usté alguna cosa nueva?

SEBAST. El que está puesto, que lo he comprao esta mañana. El tango cantao por la Madrileñita.

MONT. ¡Ah! es superior. Se lo he oído á ella dos veces. Chica, ¡arrebataba!

MAN. Pues venga, venga el tango y que nos arrebate.

SEBAST. Por mi gusto lo tendría siempre en el aparato. Verán, verán ustedes. (Hace funcionar el gramófono. Por la bocina se oye la canción siguiente:)

Nadie te quiere en el mundo,
gitano del pelo negro,
como yo.
Toma que toma mi alma,
toma que toma mi cuerpo;
¡tomaló, tomaló, tomaló...!

—

Ya todas son alegrías,
ya se acabaron las penas,
que me va á dar mi gitano
toa la sangre de sus venas.
Pa ti, mi niño,
son mis amores.
mis labios rojos como las guindas
y mis mejillas como las flores.
Tú, con tus besos,
me vuelves loca.
Calor de lumbre siento en el alma,
sabor de mieles siento en la boca.

—

Rodea mi talle,
pa que yo te sienta
cerquita de mí;
y dame mi vida,
que tóo mi cariño
no es más que pa ti.

—

Nadie te quiere en el mundo,
gitano del pelo negro,
como yo.
Toma que toma mi alma,
toma que toma mi cuerpo;
¡tomaló; tomaló; tomaló!...

(Esteban, que ha entrado sin que nadie lo note poco antes de de terminar el disco, se queda escuchando de pie junto á la segunda, mesita de la derecha. Trae en la mano un envoltorio de ropa.)

ESCENA X

DICHOS, ESTEBAN

SEBAST. ¿Eh? ¿qué tal? La Consuelo canta como los ángeles.

MAN. Yo lo oiría otra vez con mucho gusto, ¡no le digo á usté más!

SEBAST. Pues por mí que no quede. (Vuelve á dar cuerda.)

ROJA. Hombre, no se moleste usté, que no es pa tanto.

EST. (Secamente.) No; no es pa tanto.

SEBAST. ¡Ah! ¿estaba usté ahí! ¿Quería usté alguna cosa?

EST. Sí; hablar con usté un momento, pero no tengo prisa

MONT. Me parece que debemos ahuecar, Manolo.

MAN. ¿Por qué?

MONT. Porque no me gusta nada el tonillo que se trae ése. (Siguen hablando bajo. Sebastián continúa dando cuerda y preparando de nuevo el disco. Aparece el Posturas entreabriendo la puerta y sacando medio cuerpo.)

ESCENA XI

DICHOS, POSTURAS

POST. ¿Hay algo pa un pobrecito huérfano que tié a su madre impedida?

SEBAST. No hay nada. Ya te estás largando. (Posturas, lejos de obedecer, entra del todo y se acerca á Esteban.

POST. Usté, joven, que tié cara de buenos sentimientos, tenga usté compasión.

EST. (Desabrido.) Vamos, quítate.

POST Aunque no sea más que una perrilla pa ayuda de un caldo pa mi pobrecita madre.

EST. (Dándole cinco céntimos.) Toma y vete.

POST. Dios se lo pague, y ojalá encuentre usté una novia de su gusto

SEBAST. ¿Te marchas ya, ú qué?

POST. (Acercándose á Manolo.) Señorito, por la salú de las señoritas.

SEBAST. ¡A ver si salgo yo y te arreglo!

POST. (Como si no lo oyera.) Un centimito aunque no sea más, pa añadirlo á la perrilla de aquel joven.

MOM. (Dándole otra moneda.) Toma diez, y déjanos en paz.

POST. Merece usté la suerte que tié usté con las mujeres, señorito. (A Sebastián.) Usté, señor encargao, aunque no sea más que un terrón de azúcar pa el caldo.

SEBAST. Aguarda, que te voy á dar el azúcar, golfo. (Saliendo de detrás del mostrador.)

POST. (Huyendo de él.) Déjeme usté estar un poco aquí dentro, que en la calle hace un aire que pela.

SEBAST. Pues no faltaba más (Persiguiéndole.) ¡Largo he dicho!

POST. ¿Y si no quiero irme?

SEBAST. ¿Cómo que no? ¡Granuja! (En uno de los regates que el Posturas hace para escapar de las iras de Sebastián, llega al diván de la izquierda, se sienta en él, da dos palmadas y dice:)

POST. Un café. ¡Ahí van los quince céntimos! (Sebastián se queda petrificado ante semejante osadía.)

SEBAST. (A los otros.) ¿Les parece á ustedes la criatura?

MONT. (Levantándose y riendo.) Déjele usté al chico, que ha tenido gracia.

ROJA. (Idem.) Sí, hombre; y dele usté el café, que hoy es Nochebuena.

MAN. (Idem.) Yo le convido. Ahí va. Cóbrelo usté todo. (Al Posturas.) Y tú guárdate las tres perras.

POST. Gracias, señorito. Dios se lo pague á usté. Estas pa el caldo.

SEBAST. (Volviendo detrás del mostrador para dar la vuelta de su moneda á Manolo.) Bueno; pues ya que estás ahí tómate esa taza. (Por la que dejó intacta el señor Sotero.)

POST. Pué que esté frío.

SEBAST. No le hagas ascos, que pa lo que te cuesta...

POST. Pero usté lo cobra; ¡abuse usté algo! (Empieza á tomar el café. Sebastián devuelve el sobrante de la cuenta á Manolo.)

MAN. ¿Está cobrado todo?

SEBAST. Sí, señor.

MAN. Pues buenas noches. ¿Vámonos, niñas?

MONT. Sí, vámonos; que no me ha gustao nada el tonillo de ése. (Por Esteban.)

ROJA. Hasta mañana ó hasta luego.

SEBAST. ¡Qué! ¿Pensáis volver?

ROJA. Según se tercie.

MAN. ¡Qué suerte tengo! ¡Vaya un par de mozas! (Vanse Manolo y las dos damas, cuyas risas siguen oyéndose en la calle. Posturas sigue saboreando el café frío y los otros dos hombres quedan mirándose durante un rato.)

ESCENA XII

ESTEBAN, SEBASTIÁN, POSTURAS

SEBAST. Supongo que ahora ya podrá usté hablar... Este y nadie es lo mismo.

POST. ¡Maldita siá! ¡Si no fuera porque estoy convidao!

EST. (Acercándose un poco.) Ya se figurará usté á lo que vengo, puesto que me ha oído usté respirar antes.

SEBAST. Claro que me lo figuro. A traer el mantón de la señá Damiana.

EST. El mantón es aparte. Vengo á ver cuánto quiere usté por ese disco.

SEBAST. ¿Por cuál?

EST. Por el de la Consuelo. Usté se ha enterao de la conversación y no necesita usté explicaciones, ¡me parece!

SEBAST. Tié usté razon. ¿Pa que vamos á gastar el tiempo? ¿Usté piensa dar mucho por él?

EST. Lo que sea regular.

SEBAST. Es que pa que empezáramos á tratar tenía usté que traer tóo el oro del mundo... Y aun así ya veríamos.

EST. ¿Eh?

SEBAST. Que si usté tié mucho gusto en llevárselo, yo también tengo mucho gusto en tenerlo.

EST. No será por lo mismo.

SEBAST. Pué que sí; que sea por lo mismo.

EST. ¡Acabemos! Lo que esa mujer dice en esa copla no se lo dice á nadie más que á mí, cuando yo quiera.

SEBAST. Y á mí, también cuando yo quiera, puesto que el disco es mío.

EST. Pero la voz es mía.

SEBAST. Ahora. Pero ¿usté sabe si pué tener recuerdos?

EST. ¡Cómo! Pero... ¿es que usté también?...

SEBAST. Pué que sí; ¡no iba usté á ser solo!

POST. (Estos me cortan la digestión del café, como si lo viera.)

SEBAST. ¿Quería usté algo más?

EST. Poca cosa Que ahora es cuando se me antoja á mí que no vuelva usté á oir á la Consuelo ¡Pena de la vida!

SEBAST. Ya será algo menos. ¿En la bocina ó á ella?

EST. Ni á ella ni en la bocina.

SEBAST. Pues... á ella la oiré el día menos pensao, y

no será la primera vez, y en la bocina... en cuanto me lo pida un parroquiano cualquiera. Este, pongo por caso.

POST. ¡Eh, eh! que no. ¡Que yo no quiero líos!

SEBAST. O usté mismo, si toma alguna cosa.

EST. ¿Yo mismo? Vamos á ver si es verdad eso. (Se sienta junto á la primera mesa de la derecha; con un ademán brusco deja sobre ella el lío de ropa y dice:) ¡Otra copa de coñac; y por solicitao el disco ése!

SEBAST. Va usté á quedar servido al minuto. Lo del coñac lo dejaremos pa luego. (Prepara el disco.

POST. (Más muerto que vivo.) ¡Pues sí que estamos pasando la Nochebuena! (Empieza á funcionar el aparato y se oye por la bocina:)

Nadie te quiere en el mundo,
gitano del pelo negro,
como yo.

(Esteban se adelanta rápidamente al mostrador pone la mano izquierda sobre el disco, éste se detiene y la frase queda cortada.)

EST. ¡Se acabó! ¡De aquí no se pasa!

(Sebastián, al ver la actitud airada de Esteban, retrocede detrás del mostrador instintivamente. Posturas se levanta aterrado.)

SEBAST. ¡Ah! ¿Por las malas ahora?

EST. ¡Sí! ¡Por las malas!

SEBAST. ¡Apártate de ahí en seguida!

EST. El que se tié que apartar eres tú, canalla. (Saca rápidamente un puñal del lado derecho de la cintura. Posturas da un salto y le sujeta el brazo.

POST. Pero ¿qué va usté á hacer?

EST. ¡Quita de ahí, niño! (Le da un violento empellón que le hace retirarse hacia la derecha Durante el resto del diálogo Posturas se va acercando á la puerta sin quitar ojo á los contendientes, dominado á un tiempo por la curiosidad y por el miedo. Esteban sigue blandiendo el puñal.) ¡Atrévete, cobarde!

SEBAST. ¿Yo? ¿Cobarde yo? ¡Maldita siá! (Del bolsillo interior de la americana saca una navaja que abre precipitadamente y se lanza sobre Esteban. El mostrador separa á los combatientees que intentan herirse parando los golpes. La lucha es brevísima; de pronto Esteban deja caer el puñal y se lleva la mano derecha al pecho sin separar la izquierda del gramófono.)

EST. ¡Ladrón! ¡Me has matao!

SEBAST. ¡Me he perdido !(Huye aterrado por la puertecita de la izquierda.)

POST. (Con voz ahogada.) ¡Socorro! (Abre la puerta y sale á la calle como un rayo. En seguida grita alejándose:) ¡Serenooo!....

(Esteban, que ha hecho esfuerzos sobrehumanos para no abandonar el aparato, no puede seguir sujetando el disco y se desploma. Empieza á caer el telón muy despacio, mientras de la bocina, y precisamente sobre el muerto, surge fresca y vibrante la voz de Consuelo que canta:)

Toma que toma mi alma,
toma que toma mi cuerpo;
¡tomaló, tomaló, tomaló!

—

Ya todas son alegrías,
ya se acabaron las penas.
que me va á dar mi gitano
toa la sangre de sus venas.
Pa ti, mi niño
son mis amores,
mis labios rojos como las guindas
y mis mejillas como las flores.
Tú, con tus besos,
me vuelves loca.
Calor de lumbre siento en el alma,
sabor de mieles siento en la boca...

(En este momento acaba de caer el telón precisamente.)

NOTAS IMPORTANTES

Rafael Calleja compuso el tango que tan importante papel juega en esta obra y sirvió la situación admirablemente; Rosario Soler lo cantó ante la bocina como ella sola pudiera hacerlo; la Compañía francesa de Gramófonos puso á mi disposición todos sus elementos para la impresión y grabado de discos, y D. Alvaro Ureña me cedió para las representaciones verificadas en el teatro de Apolo uno de sus mejores aparatos. A todos quedo profunda y sinceramente agradecido.

Como los empresarios de fuera de Madrid que deseen representar este sainete pudieran creer, con grave perjuicio mío, que su ejecución está erizada de dificultades, me apresuro á tranquilizarles en este punto. La adquisición del aparato es fácil, pues el uso del gramófono está muy extendido y no es obra de romanos encontrar uno bueno, prestado ó alquilado. El disco de banda ó charanga con que la obra empieza puede ser uno cualquiera, y para adquirir el del tango cantado por la señora Soler, que es absolutamente indispensable, basta dirigirse á los despachos de la Compañía francesa de gramófonos, donde los hubiere, ó directamente á Madrid, al citado D. Alvaro Ureña, Prim, 1, que los servirá á vuelta de correo. En último caso, el autor enviará los dos en cuanto se los pidan... por la cuenta que le tiene.

El actor encargado del papel de *Sebastián* debe aprender el manejo del aparato, que es sencillísimo, para mudar discos y dar cuerda oportunamente, cuidando de mudar la aguja cada vez que el gramófono haya de funcionar, para que el disco no se raye y estropee. El que hiciere el papel de *Esteban* debe, al detener violentamente la marcha, mover el resorte que todos los aparatos llevan con ese objeto y cuidar de volverle á su sitio al caer herido, para que el disco continúe. Todo lo cual es la cosa más fácil del mundo, y sin ella el efecto final se perdería por completo.

Es cuanto tiene que decir por ahora

EL AUTOR.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D José López Silva, música del maestro Estellés

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.